

mente de ellos como madre, reina y esposa. Tu modestia se contentaba con aspirar al descanso; pero te son debidos el trono real y el poder. Aquel con quien obraste individuamente el misterio de piedad y reconciliación cuando eras madre y esposa á un tiempo mismo, te asocia ahora á su reino y quiere que tengas tanto derecho al mismo como él. Descansa de aquí adelante, oh Virgen dichosísima, en los brazos de tu amado esposo, que debe de darte á conocer en toda la eternidad el contento que tú le diste mientras habitó en el tabernáculo de tu cuerpo y descansó en el tálamo nupcial de tu corazón.

DUODÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO XIII.

QUE ES LA AUTORA DE LAS GRANDES MARAVILLAS.

Dios, que siempre es muy grande hasta en las cosas mas pequeñas, se reservó, dice S. Agustin (1), algunas obras maravillosas que ejecuta sobre las leyes ordinarias de la naturaleza y la gracia para manifestarnos mejor la grandeza de su poderio absoluto, por el cual es llamado el omnipotente, el señor por excelencia y el autor de las grandes maravillas (2). Y aunque este titulo en toda su perfeccion es peculiar de él solo por naturaleza y esencia (3), con todo por privilegio fué comunicado á

(1) Tract. 24 in Joan.
(2) Exod. XV, 11.

(3) Salmo CXXXV.

la sacratísima humanidad y por comunicacion á la virgen Maria, á quien en este sentido llamo la autora de las grandes maravillas, la omnipotente y la absoluta.

§. I.—De la calidad de omnipotente, octavo titulo del rey de la gloria encarnado.

I. También en este titulo admirable tuvo Salomon el honor de figurar al Salvador, porque yo no dudo que fué gran artifice de maravillas el taumaturgo de los hebreos, cuando leo en el capitulo VII de la Sabiduria que recibió por don la ciencia infusa de todos los secretos de la naturaleza y que entendió perfectamente el poder de las influencias celestes, la virtud de los elementos y de las plantas, piedras y metales, las propiedades de los minerales, su simpatía y antipatia y generalmente todas las ciencias naturales. Con efecto si vemos que por la ingeniosa aplicación de alguna de ellas hay hombres que producen efectos extraordinarios tenidos por milagros, ya en los conocimientos mecánicos por la proporcion del peso, la línea de direccion, el viento comprimido, la oposicion del vacío y otras invenciones semejantes, ya en la medicina por la aplicación de los simples desconocidos y de las esencias destiladas, ya en toda la naturaleza sensible por la transmutación ó alteración de las especies; ¿qué pensaremos de aquel que conocia perfectamente la virtud de todas esas causas, sabia el modo de aplicarlas y tenia los medios en su mano? Por tanto aunque la historia sagrada no nos especifica lo que hizo, y aunque yo no tengo por auténticas las curaciones milagrosas que le atribuyen Josefo y otros, porque son ó fábulas de los rabinos, ú operaciones de magia, que haríamos mal en sospechar en un rey tan sabio; con todo no dudo que supo y pudo hacer grandísimas maravillas, pues dice en el lugar citado que la

sabiduría no le habia ocultado ninguno de sus secretos ya en la especulativa, ya en la práctica, á fin de darle alguna semejanza con el rey de las maravillas, de quien voy á hablar ahora.

II. Digo alguna semejanza, porque aunque sea verdad que el Salvador tiene en sumo grado esa ciencia práctica de todos los secretos de la naturaleza y además el poder natural sobre todos los efectos mas maravillosos que pueden producirse por la aplicacion de las cosas sensibles; sin embargo es esto tan poco si lo comparamos con el poder sobrenatural que tiene aun en cuanto hombre, que no merece tomarse en consideracion. Porque conviene saber que á mas de la omnipotencia que tiene segun su persona y naturaleza divina como igual en todo y por todo á su padre; á mas de la participacion de esta omnipotencia que recibió en cuanto hombre por la comunicacion de idiomas, la cual implica que en el mismo sentido que decimos un hombre Dios, decimos tambien un hombre omnipotente; á mas de esto, repito, recibió inmediatamente su sacratisima humanidad un poder de excelencia tan grande y absoluto, que con dificultad se diferencia de la omnipotencia sino en la dependencia que tiene de la divinidad. En lo demas se extiende á toda la naturaleza, que le está enteramente sometida no solo para los efectos ordinarios, sino para los extraordinarios, que llamamos milagrosos, y en general para todo lo que quiere. La prueba de esto está tan clara en el Evangelio, que no quiero detenerme: solo tocaré tres titulos principales, por los cuales enseñan los santos padres que este poder fué dado á la sacratisima humanidad, porque mi intento es hacer ver á continuacion de este discurso que María tiene ese mismo poder en segundo grado por la participacion de los mismos titulos.

Primer titulo de la omnipotencia del Salvador.

III. El primero es la union con la divinidad, porque como dice Eutimio, si el hierro que permanece algun tiempo en la lumbre, saca las calidades propias del fuego, ¿dudaremos que la carne unida inseparablemente á la divinidad saque de ella la virtud de obrar las maravillas de la misma divinidad? El concilio de Efeso lo confirma en el cánon 11 y despues de él Sofronio, patriarca de Jerusalem, en la epistola que se estampa en la sesion 11 del sinodo sexto. A consecuencia de esto S. Ambrosio (1), Eusebio (2) y Teodoreto (3) la llaman el instrumento de la divinidad, el brazo del Señor, que ha sido engrandecido tantas veces por el profeta Isaias (4). S. Juan Damasceno explicando las operaciones teándricas ó divinamente humanas de que habla S. Dionisio (5), dice que son principalmente las milagrosas que hace la sagrada humanidad como instrumento de la divinidad (6). S. Cirilo observa (7) que el Salvador en las curaciones maravillosas que obraba, solia tocar al enfermo para manifestar que aquella virtud milagrosa estaba en su carne. ¿Y no parece que quiso significar esto en la mujer afligida de un flujo de sangre, cuando dijo: He sentido que salia de mí una virtud? ¿No era para dar á entender que su sagrado cuerpo estaba lleno de virtudes milagrosas y omnipotentes y que su sacratisima humanidad habia recibido en patrimonio un poder inherente y habitual de obrar toda suerte de maravillas?

- (1) Serm. 90 et 91. (5) Epist. 4 ad Cas.
 (2) Demonstr. evang., lib. 4, cap. 43. (6) De fide, lib. 3, c. 49.
 (3) Dial. immutabilis. et l. 4, c. 14.
 (4) Isai., LI, LII, LIII. (7) Lib. 2 in Joan., cap. 5.

Segundo título.

IV. El segundo título se toma de la dignidad de rey y señor soberano del universo, que le conviene aun en cuanto hombre: primeramente porque es hijo de Dios y de consiguiente su heredero legítimo y el señor de todos sus bienes: en segundo lugar porque todas las cosas son por él, ya digamos que fué el primero en el decreto de la creación, ya nos fijemos en que no fué hecho hombre sino con motivo del pecado. En tercer lugar le conviene esta dignidad como por derecho de naturaleza, que requiere que lo mas noble y alto tenga poder y señorío sobre lo mas bajo. En cuarto le corresponde por derecho adquirido, el cual manifestó á sus apóstoles cuando dijo: Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra (1). Pero porque ya he tratado del título de rey en el capitulo anterior, me contento con decir que es muy diferente del de los reyes y señores temporales, los cuales no tienen poder mas que sobre el cuerpo de sus súbditos; pero el del rey de la gloria es sobre el interior y sobre todos los efectos de la naturaleza, de manera que puede suspenderlos, cambiarlos y alterarlos como quiere, y obrar por medio de ellos toda suerte de prodigios, como hace diariamente y hará principalmente en la destrucción final del mundo elemental en que vivimos.

Tercer título.

V. El tercero es el título de salvador de los hombres, porque cuando su padre le encargó de dirigirlos á su último fin, que es la salud eterna, por el mismo medio le

(1) Math., XXVIII.

dió poder sobre todo cuanto puede ayudarlos á conseguirle y desviarlos de él; mediante lo cual y supuesto que todo cuanto pasa en el cielo, en los elementos y en todo este mundo corporal y aun en el intelectual de los ángeles, sirve para ese fin segun la frase del Apóstol, quien afirma que todo es para los escogidos y que todo es de nosotros, y nosotros de Jesucristo, y Jesucristo de Dios; hay que confesar que le fué dada plena potestad sobre toda la naturaleza así corporal como espiritual á fin de disponer de ella como mejor le parezca para la salud de los suyos y gloria de su padre, y que todos los milagros hechos para esto son obras de su mano, que pregonan el nombre de admirable dado por el profeta Isaías, admirable no solo por las perfecciones divinas que tiene en sí, sino tambien por las maravillas que obra al exterior. Añádanse á todo esto las maravillas de la gracia en la justificación de los pecadores, en la perfección y glorificación de los santos, cada uno de los cuales puede con razon ser llamado una pieza acabada de su poder, y tanto mas admirables sin duda, cuanto la gracia y la gloria sobrepujan la naturaleza. Consideremos atentamente estos tres títulos que he indicado, y confesaremos que el Señor lleva con justicia el nombre de gran señor no solo de la naturaleza, sino de la gracia y la gloria, porque ha sido constituido cabeza de todas las cosas en esos tres órdenes. Dios lo sujetó todo á su poder, dice S. Pablo (1), y antes lo habia dicho el real profeta. Pues quien dice todo (esta es la consecuencia del apóstol), no exceptúa nada mas que aquel que lo sujetó todo á él. Basta con respecto al rey de la gloria: pasemos ahora á la reina.

(1) Ad hebr., I.

§. II. — Que la madre de Dios es despues de su hijo la omnipotente y la hacedera de las grandes maravillas.

I. Los que se hayan dedicado á apreciar las grandezas y excelencias de la Virgen, habrán visto ya probada esta verdad: que en el mismo grado en que Dios le comunicó su amor dándole el Padre su hijo y escogiéndola el Hijo por su madre, le comunicó sus atributos y sus perfecciones divinas. Y pues esta comunicacion de amor fué en cierto modo infinita, comparándola con todas las demás simples criaturas, es fácil de ver que le comunicó sus perfecciones y atributos de un modo como infinito. Por lo tanto no hay dificultad en llamarla toda santa, toda hermosa, toda sabia, toda buena, todopoderosa (1), siempre despues de la esencia increada y de la humanidad deificada. Dejemos aparte los otros atributos, porque es cierto que así como el estado de madre de Dios sobrepuja sin medida la naturaleza, la gracia y la gloria de todo lo demás del cielo, así tiene ella un poder sin tasa sobre las leyes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. No se necesita mas para demostrar que es la reina de las maravillas y la autora de lo mas grande que puede imaginarse.

La omnipotencia de la Virgen se descubre en la concepcion del Verbo divino.

II. No obstante si alguno pidiese las pruebas por los efectos, bastaria presentar la obra acabada de las maravillas y la maravilla de todas las obras del mundo, que es el haber hecho y engendrado á un Dios. La pieza

(1) Véase el tratado I, c. 43, §. 3.

acabada del hijo de Dios es su madre: la pieza acabada de la madre es el hijo. ¿Y qué obra encontraremos en que la divinidad haya manifestado la grandeza de su poder absoluto mas noblemente que en hacer un Dios? De esta obra quiso que la Virgen fuese tambien artifice por un omnipotente *fiat* y por la generacion eficiente y fisica de su divino cuerpo. La sabiduria egipcia se gloria de esta célebre inscripcion del templo de Minerva: El que engendré, es un sol; pero ¡cuán diferente es decir: El que he engendrado, es un Dios! No se traigan pues á comparacion las obras de Salomon, su trono, su templo y todo lo demás, porque es cosa muy diversa haber labrado el templo vivo y el trono sustancial de la divinidad. ¿Qué comparacion hay del oro, la plata y el mármol á la carne adorable que está unida á la divinidad? El formar nuevos cielos ó criar serafines cien veces mas hermosos que los que hay en el cielo, no mostraria tan gloriosamente la maravilla del poder de la Virgen como el haber dado el ser con dos palabras al rey del cielo y al señor de los ángeles. Hay mas distancia del hombre á Dios que de la nada á la criatura; por lo cual decia un doctor de la Sorbona que es obra mas maravillosa hacer un hombre Dios que sacar el universo de la nada. Pues ¿por qué no hemos de llamarla resueltamente la omnipotente Maria, una vez que el objeto y la medida de su poder es el Omnipotente, el cual sobrepuja todos los efectos y maravillas de la naturaleza, de la gracia y de la gloria (1)?

(1) Véase la adición de la mur en la nota B al fin del madre Maria Jacoba de Ble- tomo.

En segundo lugar aparece en la obra de nuestra salvacion.

III. Despues de esto ¿qué otra cosa parecerá verdaderamente admirable? ¿Será la obra de nuestra salvacion y la reparacion del mundo? ¿Será la gracia ó la gloria? ¿Por ventura no se puso todo esto en poder de la Virgen con el que es la salud del mundo, el principio de la gracia y de la gloria? Los santos son la obra maestra de la gracia y como otros tantos milagros vivos y eternos de la gloria. Pues digo que todos son obra de la Virgen. Con efecto ¿por qué creéis que al primer hombre á quien santificó el Salvador con su presencia y de quien dijo que de mujeres no habia nacido otro mayor, quiso santificarle por la palabra de su madre, sino para manifestarnos que lo mismo sucederia con todos los demás? Repásense las vidas de los santos mas insignes, y se hallarán en todas algunos rasgos de la particularisima intervencion de nuestra señora en su santificacion. Añádase la conversion portentosa de tantos pecadores, á quienes reduce todos los dias al camino de la salud por medios extraordinarios. ¿No son estos unos prodigios no solo de bondad y misericordia, sino de omnipotencia? Porque para salvarlos es necesario que detenga cien veces la muerte, que confunda todos los planes de Satanás y que violente en cierto modo las leyes ordinarias de la justicia de Dios. De esto se leerán muchos ejemplos notables en el tratado siguiente.

En tercer lugar se descubre en las maravillas de la naturaleza.

IV. Seria superfluo querer presentar en particular las maravillas que produce en la naturaleza, porque son tantas y tan frecuentes, que desde luego diria yo lo que el evangelista S. Juan de los milagros del Salvador; á sa-

ber, que si se escribiesen todos, no cabrian en el mundo los libros que se compusieran. Yo no creo que haya un cristiano que no sepa muchos, ni una sola iglesia que no los muestre con señales de gratitud. Maria ha manifestado su poderio absoluto en la curacion de todo género de enfermedades, en el trastorno de los elementos, en la suspension ó alteracion de las leyes todas de la naturaleza. Ni se crea tampoco que sin misterio quiso el Salvador obrar por medio de su madre el primer milagro, que fué el de las bodas de Caná, pues aunque dijo al principio que no habia llegado su hora, no obstante la adelantó y obró el prodigio (1), como observan S. Ambrosio (2), el Crisóstomo (3) y S. Cirilo (4). Con esto quiso dar claramente á entender que ponía á disposicion de su madre la potestad de los milagros, aun de aquellos que hiciese por su propia mano.

En cuarto lugar se manifiesta en la semejanza que tiene con su hijo.

V. Si el lector desea saber aun con qué título posee nuestra señora un poder tan absoluto; le diré que á mi juicio es por la particularisima relacion que tiene con los títulos por los cuales su amado hijo tenia el poder de excelencia, de que he hablado poco antes. Con efecto primeramente participó tanto de la union que su hijo tuvo con la divinidad, que podemos decir con verdad que en su propia sustancia estuvo personalmente unida al Verbo, porque la sustancia del hijo es una parte de la sustancia de la madre. Y aun cuando no hubiera otra cosa sino el haberse hecho esta union en sus sagradas entra-

(1) Joann., II.

(2) Serm. 6 in psalm. CXVIII.

(3) Hom. 21.

(4) Lib. 4, cap. 23.

ñas, ¿qué calor no concebiría aquel horno de un fuego tan fuerte y activo? ¿Qué virtud no le comunicaría aquella mansion personal de nueve meses? Si la cruz donde estuvo Jesus enclavado tres horas solamente, fué tan honrada, que vino á ser el instrumento de sus maravillas; ¿qué habremos de juzgar de su madre, en cuyas entrañas moró tanto tiempo y de quien recibió la vida? Si la orla de su vestido y hasta la yerba que crecía al pie de la estátua erigida por la hemorroisa, sacaba una virtud sobrenatural para la curacion de las enfermedades; ¿qué habremos de pensar de la que no le tocó una vez ligeramente en la orla de su vestidura, sino que le llevó nueve meses en sus entrañas y le tuvo en sus brazos, habiéndole dado la preciosa vestidura de la carne que se unió á la divinidad, para valerme de la frase de S. Juan Crisóstomo (1) y de S. Isidoro de Damietta (2)? El contacto de los cuerpos de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo ha bastado para dar á una cadena de hierro, á un lienzo ó á una sombra la virtud de obrar milagros; y el contacto íntimo y sustancial de la sagrada humanidad ¿no comunicaría nada mas á la madre de Jesus? ¿Quién lo creerá? Si pasamos á la union moral, dice el Salvador: «Si estuviéreis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros; pedireis cuanto quisiéreis, y se os hará (3). «Con solo un poco de fé como un grano de mostaza mandareis trasladar los montes, y os obedecerán (4).» «El que cree en mí, obrará las mismas maravillas que yo he obrado y aun mayores.» Vé ahí el poder de la fé y de la caridad cristiana. ¿Qué será pues de la que tuvo en grado perfecto la fé, la caridad y todas las virtudes y no estuvo un solo instante sin

(1) Hom. de uno legisl. et serm. 6 in Genes.

(2) Lib. 4, cap. 248.

(3) Joan., XV.

(4) Joan., XIV.

vivir enteramente unida á la voluntad de Dios? Eso no puede calcularse.

VI. En cuanto al segundo titulo hice ver en el articulo anterior que Maria es verdaderamente la reina y señora del universo, la emperatriz de los ángeles y los hombres, y por consecuencia necesaria tiene un soberano poder sobre toda criatura. Parece que este poder le fué dado por tres veces: la primera cuando fué elegida para madre del rey eterno: la segunda por la liberal voluntad de su hijo en cuanto se hizo hombre en sus entrañas, porque habiéndola honrado hasta el punto de sujetarse á ella, no hay duda que le sujetaria sus vasallos: la tercera el dia de su consagracion y coronacion en el cielo, donde recibió de nuevo un poder absoluto sobre todos los dominios de su hijo. Y así como todos los titulos de su reino son sobre las leyes ordinarias, así el poder que tiene de resultas de su dignidad real, es enteramente extraordinario: de aquí se sigue que en virtud de ese poder manda á los ángeles buenos y malos: obra toda suerte de prodigios en el cielo y en todos los elementos: altera la naturaleza y se vale de ella como quiere conforme á la voluntad de su hijo, que conoce perfectamente, y por cuya gloria hace todas estas maravillas. Juzgando de las cosas racionalmente, si S. Gregorio pudo decir que los santos, que están solo en la clase de siervos ó amigos, obran los prodigios y milagros no solo por impetracion pidiéndolo á Dios, sino por autoridad y poderio mandando á la naturaleza (1); ¿á quién le parecerá mal que digamos eso de la reina de los santos y madre de Dios? ¿Qué cosa mas extraordinaria, ni que perturbe mas al parecer el orden del universo que detener al sol en su carrera? Y si Josué lo hizo con plena autoridad, ¿quién dirá que no pueda hacerlo Maria?

(1) Dialog., l. 7, c. 30.

VII. Respecto de la tercera semejanza ya he mostrado mas arriba que el salvador de los hombres le comunicó por excelencia el título y oficio de reparadora, tanto porque ella dió de su propia sustancia el precio y la víctima de nuestra salud y la ofreció juntamente con él en el sacrificio de la cruz, como porque en la persona de S. Juan le dió Jesus por sus hijos todos los escogidos, para que los produzca á la gloria. Y sobre todo la experiencia continua del cuidado que tiene de ellos, hace palpar el encargo extraordinario que se le ha cometido; de donde infiero que debe de decirse de ella por semejanza lo que hemos dicho de su hijo; á saber, que pues todo el mundo corporal y espiritual es para la salud de los predestinados que le han sido cometidos, es preciso que ella haya recibido un poder libre no solo para la disposicion de los efectos ordinarios, sino para las maravillas extraordinarias que conviene obrar á este fin. Por mi creo firmemente que si nos fuese permitido ver con claridad los secretos que pasan á nuestro rededor, hallariamos que hace en las almas operaciones maravillosas de gracia no solo por la disposicion de los objetos exteriores que nos presenta por la mediacion de los ángeles buenos, sino inmediatamente por sí obrando en nuestros espíritus de una manera eminente y proporcionalmente á la de la sagrada humanidad; porque si algunos doctos teólogos dan al sacerdote el poder de obrar inmediatamente en la sustancia de las almas para producir físicamente la gracia por las palabras sagradas como instrumentos de la divinidad, ¿dudaremos que pueda haber algun modo semejante y aun mas elevado para la que está en una dignidad mucho mas eminente que los sacerdotes y los sacramentos de la iglesia? Mas reverenciamos en silencio en nuestro corazon lo que no podemos explicar, y alabemos eternamente á Dios por estar al servicio de una señora tan poderosa, que ha recibido

toda potestad en el cielo y en la tierra y puede obrar toda especie de maravillas en la naturaleza y en la gracia, cuando sea menester no solo para nuestra salvacion, sino para nuestro contentamiento.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TITULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

Los que quieren reducir á una suma total varias cantidades, despues de poner al pie de cada llana el importe de las que en ella se contienen, las juntan al fin todas en una y así saben á cuánto monta el todo. De la misma manera aunque yo al tratar de las grandezas de poder de la madre de Dios he hecho ver de paso las obligaciones que tenemos por cada una de ellas considerada aparte de amar, honrar y servir á nuestra señora, creo no obstante deber discurrir brevemente y como en sumario acerca del mismo asunto.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

I. Para dudar si estamos obligados á amar á la madre de Dios habria que negar que el sol alumbra y que el fuego da calor, que los árboles tienen hojas y que hay arena en la playa y agua en el mar: seria preciso ó ignorar enteramente que hay una madre de Dios, ó no amarse á sí mismo, porque á cualquier parte á donde nos volvamos, encontramos tan frecuentes motivos de amarla, que ni aun la malignidad puede ocultarlos. Con efecto yendo en derechura á la fuente de todos los bienes que poseemos, si tenemos un Emmanuel, es decir, un Dios con nosotros, ella fué el iman que le